

América Navarro López, *Una frontera sin límites. El septentrión del obispado de Michoacán, 1536-1650* (San Cristóbal de las Casas: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur; Zamora: El Colegio de Michoacán, 2024). 196 págs.

Dení TREJO BARAJAS

<https://orcid.org/0000-0001-8136-2086>

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México)

Instituto de Investigaciones Históricas

dtrejo.tla@gmail.com

Es un gusto encontrarse con libros que como presentación muestran una fotografía hermosa en la portada como la que tiene este texto, de una puerta y un muro antiguos, como muchos que existen en pueblos de nuestro país y que de alguna manera simbolizan el tema de la frontera. La puerta marca la diferencia entre estar adentro y estar afuera; sin embargo, es un límite no bien definido que nos sugiere rendijas y maneras de asomarnos y en cierto modo permite estar en uno y otro lado. Así, pese al muro, la frontera suele ser difusa, fluctuante y porosa, porque la condición de *fronteridad* de los y las que habitan en uno y otro lado invita a entrar en relación y vivir y compartir esos espacios ampliando las posibilidades de habitabilidad en ambos lados. No obstante, existen relaciones de poder que hacen que unos traten de cerrar la puerta e impedir el acceso, y otros y otras la abran mediante sus propias formas de existencia.

La conceptualización de frontera a la que alude América Navarro dialoga con otras concepciones historiográficas similares que hacen referencia a su flexibilidad y porosidad o a su carácter de espacio de relaciones e intercambios de todo tipo, como sucede con Cecilia Sheridan, quien también ha estudiado las regiones fronterizas norteadas.¹ A la vez cuestiona las maneras tradicionales, dicotómicas y políticas de la frontera como límite que

¹ Cecilia Sheridan, *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España* (México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015); también, Amalia Attoloni y Rosa Brambila, *Etnohistoria de los confines. Intercambio y fronteras en el Posclásico tardío en Mesoamérica* (México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2008), 25-40.



dan lugar a la idea de territorio nacional, o donde la civilización se impone sobre la barbarie. Asimismo, debate aquella postura de que la línea divisoria se establece sobre supuestos espacios vacíos, como sucede con el planteamiento seguido por varios autores en las historias coloniales y en la historiografía norteamericana, de expansión de la frontera.²

A esta visión y conceptualización de la frontera flexible, Navarro aplica una metodología geohistórica para la elaboración de una cartografía que muestra gráficamente lo que sostiene: la existencia de una frontera abierta en el norte del obispado de Michoacán, un tema que conoce bien y cuya metodología ha perfeccionado a través del sistema SIG-H. Ésta requirió de fuentes documentales históricas de muy diversos repositorios y de una concepción de la geografía, no como complemento de la historia, sino como su objeto de estudio, tal como ella misma y el investigador Pedro Urquijo plantearon con anterioridad.³

Navarro López lleva al lector, textual y cartográficamente, a través del obispado de Michoacán, donde las relaciones de poder generaron conflictos constantes en diferentes frentes: entre conquistadores y nativos cazadores-recolectores, conocidos de manera generalizada y equívoca, en apreciación de la autora, como chichimecas;⁴ con otras circunscripciones obispaes, como la de México y Nueva Galicia; asimismo, entre el poder secular y el misional, y finalmente entre rancheros, hacendados, nativos y religiosos.

El capítulo uno está dedicado a hacer una revisión de cómo se fue realizando la expansión conquistadora y colonizadora sobre el territorio que se consideró perteneciente al obispado michoacano, sobre un amplio espacio que iba desde su sede en Pátzcuaro-Valladolid, hasta la región de Río Verde, al noreste, situada en el actual estado de San Luis Potosí. Los medios de esa expansión fueron el establecimiento de misiones y otros establecimientos menores, tanto del clero regular como del secular, así como de

² Frederick J. Turner, *The Frontier in American History* (Nueva York: Holt, 1920 [1893]); Herbert E. Bolton, *The Spanish Borderlands. A Chronicle of Old Florida and the South West* (New Haven: Yale University Press, 1921); Carl O. Sauer, "The Personality of Mexico", *The Geographical Review* 31, núm. 3 (1941): 353-364.

³ América Navarro y Pedro Urquijo, "La frontera en el septentrión del obispado de Michoacán, Nueva España", *Journal of Latin American Geography* 18, núm. 1 (2019): 94-114, <https://doi.org/0.1353/lag.2019.0004>.

⁴ Charles Di Peso, *Las sociedades no nucleares de Norteamérica. La Gran Chichimeca* (Caracas: Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1983).

ranchos y estancias dedicados principalmente a la ganadería. Lo interesante del capítulo es que uno puede advertir y seguir en la cartografía que nos ofrece la autora ese proceso de ocupación de este gran espacio que siempre se mantuvo como frontera abierta frente a los grupos de cazadores-recolectores que no aceptaban la sumisión y la reducción a misiones y pueblos.

En el capítulo dos vemos cómo se despliega el avance sobre el territorio norteño, desde el Bajío hasta la región de Río Verde, que se muestra tanto a través del relato plasmado en algunas de sus fuentes como mediante su espacialización en la cartografía elaborada por Navarro. Así, vemos los territorios de los cazadores-recolectores pames, guamares y guachichiles, descritos y mal nominados en general como chichimecas, ocupados paulatinamente por las distintas instituciones y establecimientos que se fueron instalando en ellos, como misiones, estancias, ranchos, haciendas, minas y parroquias.

Los testimonios de la época, según nos refiere la autora, justifican la conquista y la colonización debido a la resistencia de los nativos, a los que señalan como más belicosos en la medida que se situaban más al norte, por lo cual se les combatió férreamente en lo que se consideró una “guerra justa”, pese a que algunos misioneros franciscanos consideraban necesario el buen trato.

Las instituciones religiosas que dieron lugar a la colonización, como en otras partes del territorio novohispano, fueron las misiones y las parroquias. De manera paralela, las actividades de los ganaderos y los mineros fueron fundamentales en ese proceso, de ahí que Navarro observa la ganaderización de este amplio territorio a través de las estancias dedicadas a esta actividad. Éstas surgieron gracias a las mercedes de tierra concedidas, y posteriormente por el establecimiento de algunos ranchos y haciendas donde se combinaba la agricultura y la ganadería. Todas estas instituciones económicas abastecieron por lo regular a centros mineros, como Marfil, Guanajuato, San Luis Potosí y Guadalcázar.

El último aspecto importante que se aborda en este capítulo es el de la exención temporal del pago del diezmo a algunas de las instituciones colonizadoras, con el objeto de facilitar la ocupación. No obstante, poco a poco se implantó de manera generalizada, con lo que surgieron conflictos entre los obispados de México, Nueva Galicia y Michoacán por los territorios que ofrecían mayor riqueza procedente de esta imposición. Por la misma razón hubo problemas entre demarcaciones misionales y parroquiales dentro de cada obispado.

En cuanto a las instituciones civiles que atendían y dirimían conflictos en la región, explica la autora, estaban los corregimientos y los cabildos, que rápidamente se convirtieron en defensores de los intereses mineros para involucrarse en sus negocios y obtener algún tipo de ventaja económica. Ayudaron así a la conformación de la élite minera regional. Igualmente, la sobreposición de autoridades civiles y religiosas dio lugar a problemas sobre los límites territoriales internos, a lo que se añadió la escasa precisión de las medidas de las tierras adjudicadas mediante mercedes reales, que generaron con ello conflictos constantes entre los diversos tipos de propietarios.

En el capítulo tres, se presenta una propuesta cartográfica de la frontera norte del septentrión del obispado de Michoacán a partir del análisis y el procesamiento de datos de fuentes primarias y de cartografía histórica, cuya información es trasladada al sistema de información geográfica orientado a la historia (SIG-H), con el ajuste de los datos territoriales que dichas fuentes revelan, ya que, en palabras de la autora “un problema metodológico común en las ciencias sociales, particularmente en la historia, es que suelen plasmarse los territorios prehispánicos y coloniales a partir de representaciones cartográficas del siglo XIX con criterios del XX, es decir, con líneas fijas y fronteras estables que no necesariamente explican el funcionamiento territorial del periodo de estudio”.⁵

También en este capítulo hay un cotejo y comparación con otras representaciones que se hicieron a lo largo del tiempo. De hecho autores contemporáneos como Ewald se basaron en la propuesta generalizante de Gerhard, y así prosiguieron otros autores posteriores.⁶ Para Navarro López, seguir la documentación para la construcción de su propia cartografía plantea dos cuestiones importantes: hacia el extremo norte el obispado no estaba delimitado y cerrado, lo que hacía de la frontera no un límite sino una zona indefinida y abierta; por otro lado, al interior, existía un gran espacio considerado como vacío, que corresponde a la Sierra Gorda, por lo cual parecía más difícil su ocupación bajo las formas desplegadas por conquistadores y colonizadores hispanos, a la vez que todo indica que

⁵ América Navarro, *Una frontera sin límites. El septentrión del obispado de Michoacán, 1536-1650* (San Cristóbal de las Casas: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur; Zamora: El Colegio de Michoacán, 2024), 123.

⁶ Úrsula Ewald, “Un mapa de la Nueva España”, *Historias*, núm. 12 (1986), 102-113; Peter Gerhard, *Geografía histórica de la Nueva España* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Geografía, 1986).

ahí se replegaron las etnias sobrevivientes de guachichiles (prácticamente desaparecidos desde aquel entonces), así como de guamares y pames.

Un aspecto interesante de este texto es que pone atención a elementos del paisaje que van caracterizando a las diversas zonas del obispado, lo que permite comprender por qué unas son propicias para la ganadería, mientras otras lo son para la agricultura, la minería, o bien, por sus rasgos naturales, representan límites internos.

También el estudio cartográfico permite visualizar con mayor claridad los conflictos territoriales entre obispados que llevaron a que el michoacano perdiera algunas zonas frente al arzobispado de México y el obispado de Nueva Galicia, y años más tarde ante el obispado de Linares.

Por último, la autora presenta unas conclusiones en las que refiere sucintamente los aportes del libro, a partir de la investigación historiográfica y la creación de una cartografía que clarifica parte de la investigación y la hipótesis que la sostiene.

La primera conclusión tiene que ver con la conceptualización abierta y flexible de la frontera. Es muy importante en nuestros días repensar estas ideas, ante los conflictos que se suscitan entre nuestro país con el vecino del norte, cuyo actual gobierno se niega a entender esto y a imponer férreamente una frontera cerrada, imposible de lograr a largo plazo. La segunda lleva a entender los conflictos entre obispados, que se centraban en las porciones sureñas del obispado de Michoacán, por ser zonas más colonizadas, donde había más recursos y, por tanto, generaban mayor riqueza para el diezmo. La región más norteña de este obispado no era de tanto interés, de ahí que haya permanecido como una frontera no totalmente delineada. Además, a ella se agregaba la existencia de ese espacio “vacío”, palabra que sugiero entrecomillar, porque ya la autora nos hizo ver que era refugio de etnias no sometidas que se resguardaron en la Sierra Gorda, menos accesible en aquel entonces para los españoles.

Lo que sí fue de su interés, explica Navarro, fueron los alrededores de dicha región, por contar con zonas mineras y mejores condiciones agropecuarias. Ese contorno estaba integrado por diversos asentamientos que fueron muy importantes: San Luis Potosí, por la minería; Río Verde, por su fertilidad, era propicio para agricultura y ganadería, así como la actividad misional; Valle de San Francisco, por ser un valioso establecimiento agropecuario; Guadalcázar, por ser el centro minero más norteño.

La tercera conclusión es que en el proceso de *fronterización* intervinieron factores de todo tipo: políticos, económicos, culturales y demográficos.

A los anteriores habría que añadir las condiciones físicas y las características del paisaje, que también, en buena medida, condicionaron el tipo de establecimientos, su ubicación y las características de las relaciones sociales que se gestaron entre los diferentes grupos asentados en ellos.

La ambigüedad de la ocupación territorial es la cuarta conclusión a la que da relevancia América Navarro. Por un lado, hay una expansión de la Iglesia secular hasta los confines del obispado, pero sobre zonas que ya controlaban los miembros del clero regular. Esto hacía que siempre hubiera disputas por los espacios ocupados por unos y otros.

La quinta tiene que ver con el análisis de la toponimia del obispado. Por lo regular, los nombres de los lugares dan idea del alcance de la ocupación por las denominaciones derivadas de la hagiografía católica, a la vez que de las características físicas del territorio, pues en muchos casos se combina la primera con elementos naturales de los espacios colonizados, así como con palabras que corresponden a las etnias nahuas, purépechas, otomíes, entre otras, que acompañaron a los conquistadores-colonizadores hispanos.

La sexta se refiere a que la cartografía elaborada permitió conocer el alcance que tuvieron las rebeliones indígenas y sus logros territoriales de manera temporal, pero también las zonas hacia las que se replegaron los grupos nativos, perdiendo con ello sus territorios originales de recorrido como cazadores-recolectores.

Para finalizar, en la séptima y última conclusión la autora expone que entre la complejidad de factores que intervienen en la *fronterización*, el medio físico y sus características geográficas permiten conocer que la dificultad de este medio hacía imposible que las poblaciones originarias, de guamares, guachichiles y pames pudieran ser agrícolas, a la vez que sus distinciones permiten afirmar que el término chichimeca para caracterizarlos a todos no les hace justicia.

Este libro propone adentrarse en el conocimiento de una circunscripción eclesiástica poco conocida, el obispado de Michoacán, en una época temprana de su existencia entre los siglos XVI y XVII, cuando llegó a tener una extensión muy amplia y compleja con una frontera abierta hacia el noreste.

Para terminar mencionaré que es una obra que permite comprender la complejidad de este territorio que se extendía del centro occidente hacia el noreste de la entonces Nueva España, el cual hace pensar en las dificultades que conllevan las regiones fronterizas por las interrelaciones sociales, políticas, culturales, físicas y económicas que las caracterizan. Asimismo, la combinación entre investigación historiográfica, cartografía histórica y

elaboración de una cartografía basada en el sistema SIG-H, contribuye a conocer más profundamente esa complejidad a la que me he referido en las líneas anteriores. Sin embargo, habría que decir que, sin demérito de la obra, en algunos momentos se puede advertir una profusión de mapas muy similares entre sí, que si bien la autora considera que facilitan conocer cada situación del avance colonizador y sus problemáticas, para los lectores se hace un poco difícil y confuso ese seguimiento. Quizá valdría la pena sugerir que se pudieran combinar las formas de presentación de dicha cartografía para hacerla más asequible a los interesados en un libro como éste.

REFERENCIAS

- Attoloni, Amalia y Rosa Brambila. *Etnografía de los confines. Intercambio y fronteras en el Posclásico tardío en Mesoamérica*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2008.
- Bolton, Herbert E. *The Spanish Borderlands. A Chronicle of Old Florida and the South West*. New Haven: Yale University Press, 1921.
- Di Peso, Charles. *Las sociedades no nucleares de Norteamérica. La Gran Chichimeca*. Caracas: Academia Nacional de la Historia de Venezuela, 1983.
- Ewald, Úrsula. “Un mapa de la Nueva España”. *Historias*, núm. 12 (1986): 102-113.
- Gerhard, Peter. *Geografía histórica de la Nueva España*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Geografía, 1986.
- Navarro, América. *Una frontera sin límites. El septentrión del obispado de Michoacán, 1536-1650*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur; Zamora: El Colegio de Michoacán, 2024.
- Navarro, América y Pedro Urquijo. “La frontera en el septentrión del obispado de Michoacán, Nueva España”. *Journal of Latin American Geography* 18, núm. 1 (2019): 94-114. <https://doi.org/0.1353/lag.2019.0004>.
- Sauer, Carl O. “The Personality of Mexico”. *The Geographical Review* 31, núm. 3 (1941): 353-364.
- Sheridan, Cecilia. *Fronterización del espacio hacia el norte de la Nueva España*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/ Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2015.
- Turner, Frederick J. *The Frontier in American History*. Nueva York: Holt, 1920 [1893].